

## *Sociología de la educación*

**ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ**

**A**caba de ver la luz una obra titulada *Sociología de la educación* que sin duda va a resultar muy provechosa para los estudiantes de Magisterio, incluso para los profesores. Su autor, Julio Almeida, considera que el hombre, lejos de ser alguien exclusivamente natural, es casi todo de origen social e histórico, teoría de clara ascendencia orteguiana. En realidad el libro está bastante relacionado con el pensamiento de Ortega (además recuérdese, por cierto, que dos años antes de ser catedrático de metafísica en la Universidad Central, Ortega fue profesor numerario en la entonces llamada Escuela Superior del Magisterio, de Madrid).

Llevada esa concepción

**«Llevada esa concepción humana de cuño orteguiano a la pedagogía infantil, Julio Almeida pone de relieve que las aptitudes y talentos de los niños no se desarrollan espontáneamente, sino que se cultivan, se construyen. El maestro puede fabricar la excelencia en las aulas (aunque también el fracaso).»**

humana de cuño orteguiano a la pedagogía infantil, Julio Almeida pone de relieve que las aptitudes y talentos de los niños no se desarrollan espontáneamente, sino que se cultivan, se construyen. El maestro puede fabricar la excelencia en las aulas (aunque también el fracaso). He ahí su grave responsabilidad; por eso la profesión docente no debe estar al alcance de cualquiera. Ni la excelencia de unos alumnos ni los fracasos académicos de otros puede atribuirlos el maestro a la naturaleza de sus discípulos. Uno de los capítulos del presente libro se titula *La fabricación de la excelencia escolar*, que comienza con el célebre diálogo de Juan Luis Vives en que un padre lleva a la escuela a su hijo y le dice al maestro: "os traigo este hijo mío, para que de un animalito hagáis un hombre". Se



entiende: un hombre de provecho, responsable, educado, instruido, diligente. Eso está en manos del maestro, del ambiente escolar, de los demás niños, sus compañeros: que el alumno vaya perdiendo rudeza y vaya humanizándose, adquiriendo refinamiento, excelencia. Pero no toda la educación es tarea de la escuela.

Este libro —fruto de la experiencia docente que su autor ha acumulado a lo largo de más de quince años— tiene una extraordinaria utilidad. Sirve de introducción a los estudiantes de Magisterio en una disciplina que, aunque nueva para ellos, es imprescindible. También puede servir de orientación a los maestros en ejercicio y a cualquier interesado en comprender tanto la sociedad en general como la educación en particular.

Las cuestiones desarrolladas en el presente libro —sobre todo en su segunda parte— no siempre se ajustan al cuestionario oficial que regula el título universitario de maestro. Afortunadamente. Porque permítaseme decir, a este respecto, algo que ya resulta evidente para muchos: la gran lacra de la educación española se debe en gran medida a los planes, los *curricula* o los cuestionarios oficiales, verdaderamente empobrecedores, en algún caso contraproducentes, desde los de la LOGSE hasta los universitarios.

Incluso en los estudios de Magisterio se ha querido cometer un dislate más al pretender eliminar esta importante disciplina —la sociología de la educación— del catálogo de materias troncales.

**«El autor pone de relieve que el hombre nace inacabado, y de ahí la necesidad de su educación, mediante la cual —desde el punto de vista sociológico— se hace miembro de la sociedad. A diferencia de los demás animales, es la única criatura que tiene que ser educada. Únicamente por la educación puede el hombre llegar a ser hombre.»**

El autor pone de relieve que el hombre nace inacabado, y de ahí la necesidad de su educación, mediante la cual — desde el punto de vista sociológico— se hace miembro de la sociedad. A diferencia de los demás animales, es la única criatura que tiene que ser educada. Únicamente por la educación puede el hombre llegar a ser hombre. Y quien educa es la sociedad a través de los llamados agentes de socialización: la familia, la escuela, la televisión, los grupos de amigos, etc.

Más de una vez el autor de este libro se ha lamentado de la sobrecarga que tienen los escolares en España. No es posible una sociedad sin escuela, pero al menos — como dice Julio Almeida— "la escuela debe reducir su campo de acción, sobre todo en sus primeros años. Quizá en España la escuela se halla paradójicamente sobrestimada por quienes no tuvieron ocasión de asistir a ella y la consideran la panacea de la salvación. Sin duda, el desequilibrio mayor se encuentra en la sobredosis que los más pequeños se ven obligados a asimilar". Por mi parte, permítaseme añadir también una crítica enérgica sobre los desmesurados deberes o tareas que se les imponen a los niños para llevar a casa, durante el tiempo saludable e imprescindible que necesitan de descanso y de juego. Con razón se dice en este libro que "ocupando tanto tiempo estratégico, la escuela dificulta el aprendizaje y estorba el uso del ocio".

Algo parecido ocurre con la enseñanza secundaria, también sobrecargada. Y con la universitaria, aunque un decreto de 1987 disponía que "en ningún caso la carga lectiva de

la enseñanza teórica superará las quince horas semanales"; sin embargo hay centros en los que se dan más de treinta. "En horarios tan descomunales y duplicados —escribe Julio Almeida— reside la causa de que nuestros universitarios, y adultos en general, lean tan poco". Nuestro mundo está más dominado por el ocio que por el trabajo. El problema es saber qué hacer con el ocio, que puede ser digno o bárbaro. En el último capítulo del libro, titulado *El ocio: dignidad o barbarie*, se recuerda el hecho de que gracias al ocio la humanidad ha descubierto la ciencia, ha cultivado las artes, la filosofía, la literatura. Sin el ocio, la humanidad no hubiera salido nunca de la barbarie. Ahora bien, el ocio es asimismo fuente de peligros porque muchos no saben qué hacer con ese ocio: puede convertirse —como observa Gilberto Freyre— en un tiempo de tedio, angustia, suicidio, crimen, si no se sabe llenar. ¿La escuela enseña a llenar ese ocio o constituye la antesala del aburrimiento?

Generalmente, debido al horror por esa sobrecarga horaria, suele ser la antesala del aburrimiento. Según los cálculos de Julio Almeida, en España, donde se propende a sobrecargar a los alumnos, se los somete a horarios tremebundos, y con esto se les hace mucho daño. Los españoles, junto con los portugueses, siguen siendo los europeos que menos leen. Los españoles "se han especializado —sobre todo los andaluces— en hablar". Según un antropólogo inglés, "el español sabe mentir como nadie, sobre todo el andaluz, que sabe mentir mejor que todos los italianos y los griegos juntos". Julio Almeida se explica esto porque "hablar durante horas y horas —algo que el nórdico no entiende— implica también la improbabilidad de expresarse con precisión, con interés, con veracidad".

**« Sin el ocio, la humanidad no hubiera salido nunca de la barbarie. Ahora bien, el ocio es asimismo fuente de peligros porque muchos no saben qué hacer con ese ocio: puede convertirse — como observa Gilberto Freyre— en un tiempo de tedio, angustia, suicidio, crimen, si no se sabe llenar. ¿La escuela enseña a llenar ese ocio o constituye la antesala del aburrimiento?.»**

Por otro lado, el número de los bares españoles es mayor que el del conjunto de los otros once países comunitarios, lo cual pone de manifiesto "la inhabilitación de un [redacted] viviendas cuyo atributo más notorio son los *dormitorios* (no *habitaciones*, como se dice en todas partes: *chambre, room, Zimmer*)". Es decir, las casas, al ser por lo general meros dormitorios, pero no habitaciones, no constituyen espacios propios para vivir consigo mismo, para leer, escuchar música, cultivarse. La escuela debe colaborar "organizando unos horarios que no faciliten el aburrimiento, que no inhiban el aprendizaje, que procuren la ilusión".

Otro punto que Julio Almeida aborda es el de cómo hasta cierta edad, las niñas consiguen resultados escolares mucho mejores que los de los niños. Hacia los doce años la tendencia se invierte. ¿Por qué? No es que sean las niñas más inteligentes, pero maduran antes que los niños: "desde muy pronto son *mayores* que ellos; la niña menor adelante fácilmente a su hermano mayor y lo acompleja". Y precisamente esto suele olvidarse cuando se habla de las ventajas e inconvenientes de la coeducación.

Por otro lado, en España los niños y niñas inician su escolaridad obligatoria el año en que cumplen seis años, aunque hayan nacido en enero o en diciembre. Es un reclutamiento casi militar, pero que en Alemania, por ejemplo, sólo obliga a los nacidos antes del 30 de junio; los nacidos en la segunda mitad pueden ir a la escuela si sus padres —cosa infrecuente— lo solicitan, y según su nivel de madurez. En consecuencia, Julio Almeida se explica que haya más fracasos escolares en España que en

Alemania, debido, en parte, a la prematura escolarización.

¿Qué decir de los maestros? Por lo pronto, hay algunos peligros. Un ejemplo: lo que no debe hacer nunca el maestro es utilizar el poder que tiene para insuflar sus particulares ideas políticas o religiosas en los alumnos. Algunos profesores se aprovechan de sus clases para dar mítines políticos. Según Martín de Riquer, el profesor perfecto es aquel del cual sus alumnos, al final del curso, no saben si es de derechas o de izquierdas. Además todo maestro debería tener presentes estas palabras de Ortega: "Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral".

Un grave contratiempo es la intolerancia que los maestros pueden inculcar a sus alumnos, especialmente cuando se los adoctrina sobre su país o región. A este respecto, Julio Almeida cita unas frases de Bertrand Russell que debieran hacernos reflexionar en nuestra concreta situación educativa española: "El nacionalismo es indudablemente el vicio más peligroso de nuestro tiempo; mucho más peligroso que el alcoholismo, la drogadicción, la falta de honradez en el comercio, o cualquier otro de los vicios contra los que lucha la educación moral". Sería deseable que este texto lo tomaran en consideración nuestras autoridades educativas de eso que hoy se llaman territorios del Ministerio de Educación y Ciencia, por una parte, y de las Comunidades Autónomas, por otra.

**«Según Martín de Riquer, el profesor perfecto es aquel del cual sus alumnos, al final del curso, no saben si es de derechas o de izquierdas. Además todo maestro debería tener presentes estas palabras de Ortega: "Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral".»**



Siguiendo a diversos autores, Julio Almeida enumera una serie de cualidades que han de concurrir en el maestro. Debe ser maestro de escuela sólo aquel que siente constantemente la felicidad de operar en la formación de los demás. Antes de educar a los demás, el maestro se debe educar a sí mismo. Para dedicarse a la enseñanza se requiere una llamada, de tal modo que es un "asesino de la esperanza y de la perfectibilidad" de sus alumnos el maestro que no tiene esa vocación. Y sobre todo, el amor. Porque el maestro inspirado por el amor a la enseñanza y a los niños es capaz de obtener los mejores resultados educativos.

García Morente escribió que "el maestro querido lo obtiene todo. El maestro odiado no obtiene nada, aun cuando con la ayuda de medios terroríficos aparente obtenerlo todo".

El libro de Julio Almeida, en suma, es inteligente y profundo, recoge una bibliografía amplia y variada que da fe de datos oportunos, y al mismo tiempo son páginas amenas, escritas en una prosa ágil, elegante, pulcra, fácil de leer, a veces con toques de fina ironía. Lo más importante es que esta obra se dirige al servicio de la educación. Seguro que contribuirá a acrecentar en las Escuelas de Magisterio la importancia de la sociología de la educación, una disciplina que —inexplicablemente— tiene una presencia reducida. Se trata de un libro cuya lectura debiera ser obligada no sólo para los alumnos de las Facultades de Educación, sino para los profesores de tales centros, también para cualquier docente que desee perfeccionar su noble labor. ¿Por qué no también para nuestras autoridades educativas? Si unos y

otros lo hicieran, acaso mejoraría el panorama pedagógico y cultural de España.

Julio Almeida: *Sociología de la educación. Notas para un curso*. Ariel. Barcelona, 1995 (286 páginas).